

nocer una monarquía usurpadora. El rey de Dinamarca los mandó desarmar. Pero la mayor parte de la division española estaba en la isla de Fionia y en el Jutland, y habiendo sido soliviantados los soldados por algunos agentes españoles, que habian llegado allí á bordo de buques ingleses, resolvieron huir del dominador del continente, atacando de improviso uno de los puntos de la costa, hácia el cual se acercaria la escuadra inglesa para recibir á los sublevados. El marqués de la Romana, hombre de ardiente y original espíritu, impregnado en la lectura de los autores antiguos, instruido á la par que poco sensato, y mas impetuoso que enérgico, se hallaba á la cabeza de este noble complot. A una señal convenida todos los destacamentos españoles se dirigieron sobre el puerto de Nybot, punto de embarco para pasar el gran Belt, y, habiendo encontrado en él una porcion de lanchas, apoderáronse de ellas, y se dirigieron á la isla de Langeland, donde nada tenian ya que temer por hallarse al abrigo de las escuadras inglesas. Los otros destacamentos esparcidos por el Jutland, encamináronse á Fredericia, pasaron el pequeño Belt en barcas, de las cuales se apoderaron igualmente que sus compañeros, atravesaron la isla de Fionia para dirigirse á Nybot, y desde este puerto ganaron la isla de Langeland, punto general para donde se habian citado los fugitivos. La caballería abandonó los caballos en los campos, y marchando á pie con la infantería, llegó con ella al punto de cita general. Prevenidos con tiempo los ingleses para secundar esta fuga, habian reunido las embarcaciones necesarias para hacer una corta travesía, y trasportando rápidamente á los fugitivos á las costas de

Suecia, donde los consideraban ya en salvo, y hallándose por último reunidos todos los medios para dar cima á esta arriesgada evasion, los condujeron de Suecia á España en los primeros dias de octubre, despues de tres meses de aventuras maravillosas. De los catorce mil españoles que se hallaban en la costa del Báltico, nueve ó diez mil habian regresado á la Península, y cuatro ó cinco mil habian quedado en Dinamarca desarmados y prisioneros.

En una época en que los españoles consideraban el mas insignificante buen éxito como un triunfo, la menor señal de valor ó de pericia como pruebas innegables de heroismo y de genio, el marqués de la Romana no podia menos de aparecer á sus ojos como un héroe completo, y de ser tenido por un grande hombre digno de Plutarco. Pero si bien es verdad que su admiracion se escitaba tan facilmente, no tardaban tampoco á despertarse sus celos, y por esta razon el general Castaños, quien, aunque irresoluto con frecuencia, era, sin embargo, el mas perito y el mas cuerdo de todos los generales, y al cual debió encargársele por este motivo la direccion general de la guerra, no obtuvo el mando en gefe de las tropas. Cada junta tenia su héroe, al cual no queria de modo alguno someter al héroe de la junta vecina: en esta atencion, limitáronse á formar un consejo de guerra compuesto de los primeros generales ó de representantes suyos, y cuyas atribuciones corrian parejas con las de la junta de Aranjuez. Imposible seria enumerar los planes ridiculos que se propusieron á la deliberacion del mencionado consejo. El preferido á todos fué uno, en el que deseando imitar lo ocurrido en Bailen, se trataba de arrollar al ejérci-

to francés retirado sobre el Ebro y concentrado en las inmediaciones de Vitoria, atacando sus dos alas por la parte de Bilbao y por la de Pamplona. Verdad es, que á causa de la estraña configuracion de los valles, que entre las montañas de aquellas provincias se entrelazan unos con otros, el ejército francés, que dominaba la carretera de Bayona á Vitoria, la cual pasa por Tolosa y Mondragon, tenia sobre su derecha el valle en cuyo centro se halla situada Bilbao, y que lleva el nombre de Vizcaya, y sobre su izquierda el valle de Navarra, á la entrada del cual está la plaza fuerte de Pamplona. Desde Bilbao se podia ir muy bien por Durango á Mondragon, caer sobre la retaguardia de Vitoria, y cortar el camino real que constituia la comunicacion principal del ejército francés. Desde Pamplona podíase tambien caer sobre Tolosa y cortar el camino de Francia, y aun desembocar sobre Bayona por San Juan-Pied-de-Port. De consiguiente, en dando con tropas francesas asaz cobardes para retroceder ante unas bandadas de insurgentes indisciplinados, y mandados por generales nulos, cierto que podia haber esperanzas fundadas de arrollar á nuestro ejército, de apoderarse de José, de su córte y de los cincuenta ó sesenta mil soldados franceses que le quedaban sobre el Ebro, y de conducir prisionero á Madrid al hermano de Napoleon. Esta venganza hubiera sido seguramente estrepitosa, y asaz legítima, puesto que Fernando VII se hallaba en Valenzay. Pero los azares suelen repetirse raras veces, y lo de Bailen habia sido un azar que no debia reproducirse, porque, aun cuando se hubieran reunido todos los ejércitos españoles, no habrían logrado derrotar á los soldados y á los ge-

nerales que se hallaban retirados sobre el Ebro, y mucho menos á los que Napoleon traia consigo. Para forzar el paso de Bilbao á Mondragon, y el de Pamplona á Tolosa, era preciso tropezar y atravesar por un lado los cuerpos de ejército de los mariscales Victor y Lefebvre, y por el otro los de los mariscales Ney y Lannes, asi como tambien los de los generales Montou, Lassalle y Lefebvre, que marchaban á la cabeza de las tropas aguerridas del grande ejército, para lo cual no habia en Europa soldados que hubiesen descubierto el secreto. De manera que sin tener ninguna probabilidad de poder rodear á los franceses, se les dejaba á estos por el contrario la posibilidad de desembocar de Vitoria como de un centro para lanzarse en masa, ora fuese á la derecha, ora á la izquierda, ya sobre uno ya sobre otro de los ejércitos españoles, los cuales estaban tan separados que no podían socorrerse, y causarles un descalabro por los mismos medios que ellos querian emplear contra el ejército francés. Pero á los inespertos generales de España no les era dado comprender una cosa tan sencilla. Arrollar un ejército francés y hacerlo prisionero, era para ellos, despues de lo de Bailen, una combinacion militar, rodeada de un prestigio irresistible. Semejante plan fué, por tanto, el que prevaleció en aquel consejo, donde era un milagro el que prevaleciese cualquier cosa, atendidas las innumerables y vehementes contradicciones que ocurrían á cada paso. En su consecuencia, convínose en que se avanzaría á la vez por las montañas de Vizcaya y de Navarra, sobre Bilbao por una parte, y sobre Pamplona por otra, á fin de copar á José en Vitoria, y tratarlo del mismo modo que se

había hecho con el general Dupont. En seguida hizose la distribucion de las fuerzas que habia disponibles, las cuales, en concepto de los españoles, debian ascender á cuatrocientos mil hombres, cuando menos.

Formáronse cuatro cuerpos de ejército: en primer lugar el de la izquierda, al mando del general Blake, que reunia una considerable masa de tropas de línea, á saber: las de la division Taranco, las del departamento marítimo del Ferrol, las del marqués de la Romana, y con ellas los voluntarios de Galicia, Leon, Castilla y Asturias, entre los cuales figuraban en primer término los montañeses de esta última provincia y los estudiantes de Salamanca: de modo que el ejército de la izquierda podia valuar en treinta y seis mil hombres, sin contar la division del marqués de la Romana, y en cuarenta y cinco mil con esta division, cuya caballeria habia regresado del Norte desmontada, proseguia de la misma manera, y era incapáz de prestar el menor servicio. El ejército del general Blake debia avanzar por el pie de la falda meridional de las montañas de Asturias, Leon y Villarcayo, y atravesar en seguida por Espinosa, á fin de penetrar en Vizcaya, y caer sobre Bilbao. Para operar en comunicacion con el ejército de la izquierda, formóse otro, al cual se le dió el nombre de ejército del centro, bajo las órdenes de Castaños, y cuyas fuerzas se componian de las tropas de Castilla la Vieja, organizadas por el general Cuesta, y conducidas por Pignatelli; de las de Estremadura al mando de Galuzzo y del joven marqués de Belveder; de las dos divisiones de Andalucía, á las órdenes del general Peña, y de las de Valencia y

Murcia, finalmente, que Llamas habia traído á Madrid. El total de estas tropas, descontando las de Estremadura, que se habian quedado atrás, ascenderia próximamente á unos treinta mil hombres, y su mision era recorrer la orilla del Ebro desde Logroño á Calahorra. Las de Estremadura, con los restos de los guardias walonas, tropa la mejor que habia en España, y cuyo número entre unas y otras ascenderia á unos doce mil hombres, debian ir á ocupar á Burgos. El ejército de la derecha, formado en Aragon, y cuyo mando fué conferido á Palafox, componiase de valencianos, de algunas tropas de Granada, y de los aragoneses, total diez y ocho mil hombres, los cuales debian pasar el Ebro por Tudela, y siguiendo las márgenes del Aragon, dirigirse por Sangüesa sobre Pamplona. El ejército del centro, al mando de Castaños, debia incorporarse al ejército de la derecha, á fin de operar sobre Sangüesa en masa, cuando se tratase de ejecutar definitivamente el proyecto de arrollar al ejército francés. Ademas de estos tres ejércitos, resolvióse formar el cuarto, destinado á la reserva, y compuesto de aragoneses, valencianos y andaluces, los cuales no llegaron á presentarse nunca en línea, y cuyo número efectivo no llegó á saberse. Finalmente, en la estremidad de la derecha, es decir, en Cataluña, hallábanse, sin estar comprendidas en el plan general, en número incierto, y tan aisladas como la provincia mencionada, una porcion de partidas de migueletes, las cuales, unidas á los regimientos que habian venido de las islas Baleares y á los soldados españoles, procedentes de Lisboa, tenian á su cargo el disputar aquella parte de la España al general Duhesme, bloqueán-

dolo en Barcelona. De manera, que limitándonos á contar las fuerzas que operaban sobre el verdadero teatro de la guerra, esto es, las del ejército de la izquierda á las órdenes del general Blake; las del centro á las del general Castaños, (incluyendo las de Estremadura); y las de Aragon, en fin, al mando de Palafox, encontraremos tan solo el número total de cien mil hombres, en el cual se hallaban comprendidos cuantos soldados disciplinados y voluntarios entusiastas tenia la España, y cuyo conjunto ofrecia una mezcla confusa de tropas de línea, asaz instruidas para que dejasen de desconocer sus defectos orgánicos y de desanimarse á causa de ellos; de campesinos, de estudiantes faltos de instruccion, sin idea alguna de la guerra, y dispuestos á huir al primer encuentro de alguna importancia, y todos, por último, mal equipados, mal armados, peor nutridos, y al mando de generales, ó incapaces ó sospechosos por lo que tenían de cuerdos, envidiosos entre sí y profundamente divididos. El valor extraordinario de la nacion española no podia seguramente suplir á tantas insuficiencias, y á menos que el clima, un ejército extranjero, las circunstancias generales de la Europa, y las faltas políticas de Napoleon no hubiesen cooperado en favor de la antigua dinastia, no debia esta prometerse que sus defensores armados lograsen su restablecimiento.

Estábase, empero, preparando para la España uno de los principales medios de su salvacion, cual era la cooperacion de la Inglaterra. Esta nacion, despues de libertar á Portugal de la presencia de los franceses, no queriendo contentarse con este primer esfuerzo, acosada por los agentes es-

ñoles enviados por las juntas, viendo en la sublevacion de la Peninsula una distraccion poderosa que tenia que absorber gran parte de las fuerzas francesas, y no desesperando de reanudar una coalicion sobre el continente que se lanzase sobre Napoleon, debilitado á causa de sus esfuerzos, se hallaba resuelta á proporcionar á los españoles todos los socorros posibles, y á este fin habia ya espedito á Santander, á la Coruña y á varios puertos de la Peninsula, armas, municiones, y otros enseres de guerra, al paso que se preparaba para hacer tambien un envío de dinero. Atendiendo al propio tiempo á sus intereses comerciales tanto como á sus intereses políticos, habia inundado ademas de mercancías inglesas la Peninsula. Y aun cuando todas las razones que acabamos de enumerar, no hubieran bastado para decidir á la Gran Bretaña á que obrase enérgicamente, quedábale otra poderosísima; la del efecto producido por la capitulacion de Cintra, objeto entonces de la cólera violenta del pueblo británico, y la cual, si bien era una de las expediciones mas felices y mejor conducidas que la Inglaterra habia ejecutado hasta aquella época en tierra firme, no por eso podia prescindir de reparar sus efectos, como hubiera tenido que repararlos de un descalabro. En su consecuencia, resolvió enviar un ejército considerable á España. El Mediodía de la Peninsula, punto el mas seguro para aquella como el mas lejano á los franceses, y el mas próximo á Portugal, era el que le cuadraba mejor que ningun otro para sus empresas militares. Mas siendo las márgenes del Ebro el punto de cita general, y hallándose muy lisonjeados los españoles de que iban á derrotar en las puertas

mismas de la Francia á los ejércitos desanimados, y hasta destruidos, segun se decia, del rey José, hubiera sido una nueva vergüenza, peor que la de Cintra, el desembarcar tímidamente en Cádiz, ó el avanzar desde Lisboa y por Elvas hácia Sevilla, y por este motivo se acordó la reunion de un ejército inglés en Castilla la Vieja. Para formarlo, hízose de la manera siguiente.

En las inmediaciones de Lisboa habian quedado sobre unos diez y ocho mil hombres de la expedicion á Portugal, terminada en Vimeiro. Sir John Moore, que habia regresado del Norte con diez mil soldados, despues de hacer una tentativa inutil para emplearlos en Suecia, desembarcó en Lisboa á los pocos dias de la capitulacion de Cintra, haciendo subir con este refuerzo á veinte y ocho mil hombres el número de las tropas británicas existentes en Portugal. Este general era un oficial instruido, cuerdo, previsor, irresoluto en el consejo, al par que muy bizarro en el campo de batalla; leal y caballero en eminente grado, y digno por todos títulos de mandar un ejército inglés. Estraño á la gloria de la última expedicion, pero ageno tambien, en cambio, á las prevenciones originadas por ella, puesto que habia llegado cuando todo estaba ya concluido, encargósele el mando en jefe, que seguramente merecia mejor que nadie, si los ingleses no hubieran tenido á su disposicion á sir Arturo Wellesley; pero como aun no habia terminado éste su justificacion ante la opinion pública, acordóse diferir su envio á España, y dar mientras el mando á sir John Moore. Ademas de los veinte y ocho mil hombres reunidos en Portugal, mandáronse veinte mil para la nueva expedicion del Nor-

te de España, y otros doce ó quince mil, parte de ellos de caballería, los cuales desembarcaron en la Coruña á las órdenes de David Baird, antiguo oficial del ejército de las Indias. Todas estas tropas debian formar un total de treinta y cinco á treinta y seis mil combatientes, los cuales de seguro valian mucho mas que todos los ejércitos españoles reunidos. Púsose tambien á las órdenes de John Moore una inmensa flota de trasportes, á fin de que, siguiendo el movimiento de sus tropas, pudiese conducir las adonde se hallaban los ejércitos, caso de que prefiriese hacer la travesia por mar, y proporcionarle, fuese cualquiera el camino que adoptara, víveres, municiones y caballos. Dejóse, por último, á su prudencia la manera de conducirse, con tal de que operase en el Norte de la Península, y de concierto con los generales españoles para el mejor éxito de la campaña.

Sir Stuart y lord William Bentinck habian sido enviados á Madrid con el objeto de que aconsejasen á la junta de Aranjuez, y á fin de que hubiera alguna armonía en las operaciones militares de las dos naciones.

Autorizado sir John Moore para obrar libremente, podia trasportar por mar desde Lisboa á la Coruña los veinte mil hombres sacados del ejército de Portugal, verificando su reunion en este puerto con los quince mil de sir David Baird, y podia igualmente atravesar el Portugal por los mismos caminos que habian adoptado los franceses para dirigirse á aquel reino. Despues de meditarlo todo detenidamente, decidióse á tomar el último de estos dos partidos. Por una parte, casi todas las embarcaciones de la flota hallábanse destinadas entonces

á conducir á Francia el ejército del general Junot, y por otra, no podia menos de ser muy pernicioso á la organizacion del ejército inglés un nuevo embarco. Además, el camino de la Coruña á Leon hallábase agotado de viveres por el general Blake, y á lo sumo podria proporcionarlos á la division David Baird. De manera, que sir John Moore, creyó con fundamento, que, partiendo en la estacion de las lluvias, lentamente, y en reducidos destacamentos, podria llegar en buen estado á Castilla la Vieja, y proporcionar á sus tropas, durante el tránsito lo que las tropas inglesas necesitan; esto es, paciencia y fuerza para caminar. En su consecuencia, resolvió dirigir su infantería por los dos caminos montañosos que van á desembocar sobre Salamanca, el de Coimbra á Almeida, y el de Abrantes á Alcántara, y su artillería con su caballería por las llanuras, que hay desde Lisboa á Elvas, desde Elvas á Badajoz, de Badajoz á Talavera, y de Talavera á Valladolid, prometiéndose de este modo reunir en todo el mes de octubre su infantería y su caballería en el centro de Castilla la Vieja. La division de sir David Baird, cuya caballería era mas considerable, debia desembarcar en la Coruña, y dirigirse desde esta ciudad á Astorga por Lugo, á fin de ir á incorporarse con el ejército principal. Adoptado que fué este plan, sir John Moore se puso en marcha á fines de setiembre, y sir David Baird partió de las costas de Inglaterra dándose á la vela para la Coruña.

Hay que hacer la justicia á los españoles, de que, ora fuese presuncion, ora patriotismo, ora los dos sentimientos á la vez, trataban á los ingleses con altanería, y no aceptaban sus socorros sino con

cierta reserva, y á condicion de no entregarles sus grandes establecimientos marítimos. Negáronse constantemente á admitir en Cádiz los cinco mil hombres que les ofrecia sir Hew Dalrymple, y cuando la division de sir David Baird se presentó delante de la Coruña, rehusáronle tambien la entrada de este gran puerto. Preciso fué, por tanto, escribir á Madrid para que se mandase una autorizacion de desembarco, la cual fué concedida á ruegos de sir Stuart y de lord William Bentinck.

Pero mientras que los ingleses lograban á duras penas que fuesen recibidas en España las fuerzas que se les habian pedido, y mientras que los generales españoles, intrigando en union de la junta ó contra ella y rivalizando los unos con los otros, oponian aun dificultades á la ejecucion de un plan que habia sido adoptado con entusiasmo, consumiendo así el tiempo en una increíble confusion, llegó á su conocimiento por medio de una carta del estado mayor francés interceptada por los numerosos guerrilleros que infestaban la Peninsula, la noticia que debia entrar en España de octubre á noviembre un refuerzo de cien mil hombres, sin contar con los que habian llegado ya; en esta atencion, no pudieron menos de acordarse, de que agitando sin tomar ningun acuerdo, se les iba á escapar la ocasion de sorprender á nuestro ejército, el cual creian diezrado, y abatido á consecuencia de los acontecimientos de Bailen. En aquel gobierno, que, como todos los gobiernos débiles y tumultuosos, marchaba solamente por medio de sacudidas, semejante revelacion no podia menos de producir un impulso momentáneo. Cesóse, por ende, de disputar, y haciendo partir á los generales, ora se

hallasen ó no de acuerdo, envióse sobre el Ebro á Castaños, mandáronse á llamar á toda prisa sobre Madrid las tropas de Estremadura, para que se dirigiesen luego desde la capital á Burgos, y púsose todo, en fin, en movimiento de la mejor manera que fué posible.

Habia llegado el caso de no perder el tiempo; esto no obstante, perdióse mucho todavía, y hasta fines de octubre no se hallaron en disposición de operar formalmente. El general Blake, á pesar de que no habia reunido todas sus fuerzas, fué el primero que se presentó en línea, y dirigiéndose por la falda de las montañas de Asturias, sin penetrar en ellas, hasta que las atravesó por Espinosa, habia hecho sobre Bilbao algunos amagos. Los castellanos, al mando de Pignatelli, ocupaban las márgenes del Ebro en las cercanías de Logroño. Los valencianos y los murcianos, á las órdenes de Llamas, y las dos divisiones andaluzas, al mando del general Peña, se extendían á lo largo del rio desde Tolesa á Calahorra y Alfaro. Los aragoneses y los valencianos de Palafox, situados al otro lado del Ebro en las márgenes del Alagon, tenían su cuartel general en Caparroso.

Con arreglo al plan convenido, era preciso que Castaños y Palafox se concertasen para reunirse sobre el flanco izquierdo de los franceses hácia Pamplona, lo cual era ya urgente, en atención á que el general Blake se hallaba muy internado sobre la derecha, y podia verse comprometido de un momento á otro, sino se daban prisa á distraer una parte de las fuerzas enemigas. Pero entre Castaños y Palafox no era fácil que hubiese acuerdo, por cuanto uno y otro querian atraerse reciproca-

mente. Castaños temia mucho dejar desguarnecido el Ebro, y Palafox queria que se le pusiese en estado de poder invadir la Navarra con fuerzas superiores. Finalmente, haciendo ambos un movimiento sobre vanguardia, habian pasado el Ebro y el Aragon, estableciéndose uno en Logroño y otro en Lerin.

Mas para entonces ya era tarde: los franceses, que, antes de recibir refuerzo alguno, no hubieran tolerado largo tiempo la audacia irreflexiva de sus adversarios, debian tolerarla mucho menos cuando cada dia iban incorporándoseles nuevas y escelentes tropas; las mejores del mundo. El lector no habrá olvidado probablemente, que, desde antes de que se pusiesen en marcha las cuatro divisiones del grande ejército, Napoleon habia destacado sucesivamente de Alemania y de Francia para la Península unos cuantos regimientos aguerridos, y que con los últimos que llegaron habia formado primeramente la division Godinot, y luego la division Dessoles, la cual debia ser la tercera del cuerpo de ejército del mariscal Ney. Con ella era con la que se hallaba el intrépido mariscal sobre el Ebro, esperando la llegada del cuerpo de ejército de su mando.

Aun cuando Napoleon habia prohibido terminantemente que se emprendiese operacion alguna hasta tanto que él llegase, deseando que los españoles ganasen terreno sobre sus flancos, y se internáran hasta un punto del cual no les fuese fácil retroceder, el estado mayor de José no pudo permanecer impasible ante el espectáculo de sus movimientos, y trató de rechazarlos. A este fin, habia ordenado á los mariscales Ney y Moncey que

volviesen á recuperar la línea del Ebro y del Alagon. En su consecuencia, Ney habia marchado el 23 de octubre sobre Logroño, y entrando á la bayoneta, habia desalojado á los castellanos al mando de Pignatelli, obligándolos á replegarse hasta Nalda, villa situada al pie de las montañas que separan la provincia de Logroño de la de Soria. El mariscal Monecy, por su parte, habia enviado sobre Lerin á Wathier y Maurice-Mathieu con un regimiento del Vistula y el 44.º de línea, y estos generales, despues de obligar á los españoles á encerrarse en Lerin y luego en el castillo, los bloqueó en regla, y logró hacerlos prisioneros en número de mil hombres. Los insurgentes habian sido deshechos por todas partes con un vigor y una prontitud tales que probaban evidentemente que la insurreccion española no podia oponer resistencia alguna ante un ejército francés, conducido de la manera que debia y acostumbraba á serlo.

A esta sazón iba llegando el primer cuerpo de ejército al mando del general Victor, el cuarto á las ordenes del mariscal Lefebvre, y el sexto destinado al mariscal Ney, además, de sus dos divisiones Bisson y Marchaud, con las cuales habian ejecutado tantas proezas en todas partes.

Escasamente acababa de revistar el rey José en las llanuras de Vitoria á la esceleate division Sebastiani, perteneciente al cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre, cuando olvidandose de las instrucciones de su hermano, resolvió dirigirla por el camino de Durango hácia Vizcaya, á fin de que contuviese al general Blake, que por la parte de Bilbao empezaba ya á inspirarle inquietud. Y no se limitó á esto. Creyendo bajo su palabra á los

campesinos, los cuales fuese por fanfarronada ó por credulidad, anunciaban la fuerza de ochenta mil hombres cuando se presentaban veinte mil á lo sumo, y presumiendo que quizás no sería bastante el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre, mandó que se dirigiese por Mondragon sobre Durango una de las divisiones del mariscal Victor, la del general Villatte. Finalmente, á pesar de haberse presentado ya en Bayona la vanguardia del sexto cuerpo de ejército, apresuróse á dirigir la division de Bisson por San Juan-Pied-de-Port sobre Pamplona, á fin de que asegurase su izquierda como acababa de asegurar su derecha, en virtud de la posición que habia obligado á tomar al mariscal Lefebvre. Al mismo tiempo, la guardia imperial en número de diez mil hombres, que tambien acababa de entrar en España, recibió orden de escalonarse entre Bayona y Vitoria.

Estas disposiciones intempestivas produjeron un nuevo choque imprevisto entre el general Blake y el general Lefebvre sobre la derecha, analogo al que habian producido sobre la izquierda entre Pignatelli y los mariscales Ney y Monecy. El general Blake, segun ya hemos dicho, despues de atravesar las montañas por Espinosa y de ocupar á Bilbao, se habia dirigido delante de Zornoza sobre las alturas situadas al frente de Durango. No habiéndosele incorporado aun la division del marqués de la Romana, permanecia allí con unos veinte ó veinte y dos mil hombres, mitad de tropas de línea y mitad de paisanos y estudiantes. A retaguardia y sobre su derecha habia dejado cerca de unos quince mil hombres en los valles adyacentes entre Villaro, Orozco, Amurrio, y Balmase-

da, para guardar las gargantas que se comunican con las llanuras de Vitoria; por las cuales debian aparecer otras columnas francesas.

Asi que llegó á presencia del cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre no lejos de Durango, y sobre el camino de Mondragon, y hallándose de esta manera cerca del objeto que se habia propuesto conseguir, ó sea en disposicion de poder rodear á las tropas francesas, empezó á vacilar como se vacila siempre en los momentos decisivos, cuando se acomete una empresa superior á los propios alcances.

Mas atrevidos que él sus soldados, en atencion á que eran tambien mas ignorantes, mostraban una seguridad de que su gefe carecia, y de-de lo alto de su posicion daban gritos, insultaban á nuestras tropas, y hacian ademán de amenazarlas. La impaciencia de nuestros soldados, poco habituados á sufrir los insultos del enemigo, habia llegado á su colmo, y logró escitar al fin la del anciano Lefebvre á quien no le pesaba tampoco el dar algun buen golpe de mano á los españoles antes de la llegada del emperador. El mariscal tenia consigo la division Sebastiani, compuesta de cuatro regimientos aguerridos de infantería (el 32.º, el 58.º, el 28.º y el 75.º de línea) y de un regimiento de dragones, entre los cuales formaban próximamente seis mil hombres; tenia igualmente la division Leval que constaba de siete mil soldados alemanes, y la division Villatte, por último, formada de cuatro regimientos, y de la fuerza de ocho mil combatientes de lo mejor del ejército francés; con semejante número habia ciertamente mas del que se necesitaba para batir al ejército español á pesar de

que aun faltaban en nuestro ejército algunos hombres, que no habian podido incorporarse aun á él á consecuencia de las contingencias de una larga marcha.

Los españoles se hallaban situados al frente de Durango sobre una línea de cordilleras, á las cuales se podia trepar por el flanco derecho del enemigo, que era el que estaba menos firmemente apoyado. El mariscal Lefebvre colocó en el centro de su línea la division Sebastiani, y en las dos alas de ella á los alemanes, interpolándolos con la division Villatte para que les infundiera ánimo con su ejemplo. En seguida mandó comenzar el ataque por su izquierda, á fin de caer luego sobre la derecha de los españoles, la cual, como ya hemos dicho, era la que se hallaba menos sólidamente establecida. El 31 de octubre por la mañana, avanzando el general Villatte por entre una densa niebla, con dos de sus regimientos (el 94.º y el 95.º de línea), y unos cuantos alemanes, se dirigió sobre la posicion tan vigorosamente, que sorprendidos los españoles ante choque tan rudo, á duras penas se mantuvieron firmes. Aun cuando la aspereza del terreno ofrecia por sí sola sobrados obstáculos á los franceses, lograron estos ir desalojando al enemigo de posicion en posicion hasta el fondo del valle. Una hoguera que debia encender el general Villatte era la señal convenida con nuestras tropas del centro y de la derecha, las cuales no marchaban con menos vigor que las del flanco izquierdo. Para entonces ya se habia enviado un granizo de balas de cañon al través de la niebla, las cuales habian quebrantado bastante el ánimo de los españoles. Los soldados franceses los atacaron en se-

guida con tal rapidez, que poniéndolos en precipitada fuga, y obligándoles á arrojarlos por la falda de las cordilleras que ocupaban, apenas tuvieron tiempo para darles alcance. El modo de combatir de los insurgentes consistia en hacer fuego sobre nuestras columnas cuando estas iban marchando, y despues de los primeros disparos, huian á la desbandada por el fondo de los valles. Con semejante método la caballería los habria acuchillado á susabor, y destrozádolos á miles, si el terreno hubiera sido llano. Mas todo cuanto podia hacer nuestra infantería en aquellas montañas escarpadas era hacerles un fuego vivo de fusilería durante su fuga, procurando y consiguiendo que sus tiros fuesen mas certeros que los de sus adversarios. De esta manera se les causó una pérdida de mil quinientos á mil ochocientos hombres, al paso que la nuestra solo fué de unos doscientos á lo sumo. Además, logróse con este primer encuentro que se dispersaran llenos de temor gran número de insurgentes, los cuales empezaban ya á comprender la guerra con los franceses, y á mostrarse, por tanto, menos deseosos de ella. No es esto decir que les faltase valor natural; teníanlo por el contrario, y en grado eminente, pero los hombres faltos de disciplina no conservan nunca en el peligro la actitud y la serenidad necesarias, sin las cuales es imposible toda operacion de guerra.

Prosiguiendo el general Lefebvre su victoria, entró a la siguiente mañana en Bilbao, donde los españoles no osaron hacerle frente, y en cuya villa cogió varios prisioneros, encontró algunos heridos, y se apoderó del copioso material de guerra que habian llevado allí los ingleses. Los habitan-

tantes habian huido temiendo á nuestras tropas, los unos hácia las montañas, y los otros en las infinitas embarcaciones de toda especie surtas en aquel puerto. El mariscal Lefebvre se dirigió en seguida hácia Balmaseda, de cuyo punto no se atrevió á pasar, porque además de hallarse muy próximo de las montañas que separan la Vizcaya de Castilla, hubiera sido estender demasiado sus operaciones, despues de haber combatido ya sin orden para ello. Dejando, pues, de guarnición en Balmaseda la division Villatte, que pertenecia al cuerpo de ejército del mariscal Victor, se replegó con sus tropas á Bilbao, á fin de encontrar viveres, los cuales escaseaban mucho en aquellas montañas, cuyos habitantes se alimentan con maiz y lacticiños.

Tal era el estado de las cosas á la llegada de Napoleon. Sus intenciones habian sido completamente desatendidas; puesto que lo que él hubiera querido, era, que se dejase á los insurgentes rodear casi del todo á nuestro ejército, por derecha é izquierda, á fin de tener mayor seguridad de coger por la espalda, saliendo de Vitoria, á los dos principales ejércitos españoles. El movimiento ejecutado por los mariscales Ney y Moncey, sobre el no Ebro, habia producido efectivamente otro resultado que el de alejar un poco á Castaños y Palafox, haciéndoles de esta manera el buen servicio de sacarlos de una posicion peligrosa. El que habia hecho á su vez el mariscal Lefebvre, obligando con él al general Blake á que se replegase desde Bilbao sobre Balmaseda, habia libertado igualmente al general español de una situacion, de la cual no hubiera logrado salir jamás, si se le hubiera dado tiempo para